

James Griffiths

**NO HABLARÁS**

**IMPERIO, IDENTIDAD Y LA POLÍTICA DEL LENGUAJE**

Traducción de Cristina Macía

Alianza Editorial

Título original: *Speak Not: Empire, Identity and the Politics of Language*

Esta traducción de *Speak Not: Empire, Identity and the Politics of Language* (Primera edición) se ha publicado por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © James Griffiths, 2021  
© de la traducción: Cristina Macía Orio, 2025  
© Alianza Editorial, 2025  
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-995-9  
Depósito Legal: M. 3.412-2025  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

Nota del autor.....	11
Introducción .....	15

## PRIMERA PARTE: GALÉS

1. Libros Azules.....	33
2. Fuego y furia .....	47
3. Nitroglicerina.....	67
4. Nación bilingüe .....	93
Interludio: Africa-no .....	107

## SEGUNDA PARTE: HAWAIANO

5. La princesa que fue prometida.....	137
6. Las islas emparedadas .....	155
7. I mua Kamehameha .....	165
8. Ke ea Hawai'i .....	187
9. Carretera cortada por profanación .....	197
Interludio: La vieja nueva lengua.....	207

### TERCERA PARTE: CANTONÉS

10. Dialéctica .....	235
11. Un alfabeto chino.....	257
12. La lengua común.....	273
13. «El cantonés te provoca cáncer nasal» .....	283
14. Los sonidos del separatismo.....	293
15. La meseta lingüística.....	313
Coda: Un nuevo mundo.....	339
Bibliografía.....	361
Notas .....	369

Puede resultar útil notificar al público que es deseo de muchos hombres notables de los Estados Unidos que los niños de los diversos estados aprendan el lenguaje a partir del mismo libro, para que todos hablen igual.

Noah Webster, en una carta a sus editores, 1788

Perdí mi lengua materna  
Por la que hablaba el sajón  
Al acudir a la escuela  
En busca de educación

Idris Davies, 1927

Habla putonghua. Escribe con caracteres estándar. Usa un lenguaje civilizado. Sé una persona civilizada.

Campaña del gobierno chino, 2009



## NOTA DEL AUTOR

Al escribir un libro sobre lenguas, y en particular sobre la opresión y marginalización a la que han sido sometidas algunas de ellas, es importante tratar a los otros idiomas con respeto. Me he esforzado por hacerlo y, a la vez, ayudar a los lectores que no están familiarizados con los idiomas que se discuten para que, dentro de lo posible en un medio escrito, se hagan una idea de ellos. Por eso he usado marcas diacríticas en todos los idiomas que las utilizan cuando se escriben con el alfabeto latino. La única excepción son las palabras de uso común, como los nombres de ciudades y provincias chinas. Uno de los argumentos de este libro es que el multilingüismo y el multiculturalismo tienen una influencia positiva en la sociedad y deberían protegerse y apreciarse; por tanto, he seguido el ejemplo de otros escritores postcoloniales y he evitado poner en cursiva las palabras en otros idiomas para evitar exorcizarlas de forma innecesaria. Sin embargo, en aras de la legibilidad, he evitado por lo general usar otras lenguas en citas y extractos,

que he traducido. Para los nombres, y sobre todo los chinos, he decidido seguir el ejemplo de los propios sujetos, aunque eso signifique que la romanización a veces sea inconsistente. Al referirme a personalidades históricas, he usado las transliteraciones más comunes; por ejemplo, Mao Zedong y Sun Yat-sen.

Aparte del inglés, solo hablo con fluidez un idioma de los que se tratan en este libro (el galés); por tanto, hay un alto riesgo de incurrir en errores involuntarios al discutir otras lenguas. Para evitarlo, he recurrido al consejo de lectores nativos y de expertos que han revisado el manuscrito en diversas fases de su desarrollo. Cualquier error que pueda quedar es mío por completo.

Toda obra periodística se apoya en los hombros de quienes la precedieron; tengo una deuda eterna de gratitud con el trabajo de los reporteros, escritores e historiadores citados en este libro por ayudarme a comprender y por señalarme el camino. Que haya quien esté dispuesto a hablar con un periodista, y no digamos ya por largos periodos de tiempo, a veces asumiendo grandes riesgos, es constante motivo de sorpresa y alegría. Gracias a todos los que me concedieron entrevistas para este libro, desde los personajes protagonistas hasta los muchos académicos y expertos en lenguas que hablaron conmigo mientras lo redactaba.

Si nadie hubiese comprado mi primer libro, *The Great Firewall of China*, es probable que no hubiese tenido la oportunidad de escribir este segundo, así que estoy eternamente agradecido a quienes lo hicieron. También agradezco el apoyo continuado de Zed/Bloomsbuy, sobre todo de Kim Walker, que compró este libro basándose en una llamada telefónica y un esquema trazado a toda prisa, y de David Avital, que lo guio con habilidad hasta su publicación. Mi agente Clare Mao apoyó este trabajo y fue su valedora, mien-

tras que Catherine Griffiths, Paul Griffiths, Gerald Roche, Gina Tam, Lindsey Ford y Ella Wong ofrecieron consejos y comentarios durante la fase de redacción. Erik Crouch fue más allá de la llamada del deber y me ayudó durante las múltiples revisiones, por lo que siempre estaré en deuda con él.

Este libro se desarrolló a partir de un artículo sobre derechos lingüísticos que escribí para CNN. Steve George editó el artículo y, mientras cortaba sin piedad trozos del texto, me sugirió que de ahí se podía sacar un buen libro. Tenía razón. Durante años he sentido celos de los escritores que desarrollan una estrecha colaboración con sus editores; y eso es lo que ha pasado con Steve. Ha enriquecido mi trabajo a cada paso, y las mejores ideas de esta obra las desarrollé con él, o directamente me las sugirió él mismo. CNN me apoyó mientras escribía dos libros, y en particular tengo una enorme deuda de gratitud con Bret McKeehan e Inga Thordar por su inagotable aliento y entusiasmo. Gracias también a todos mis colegas de CNN en Hong Kong y por todo el mundo, pasados y presentes.

Gracias a Natasha Steinberg por su colaboración en la investigación en el Reino Unido; a Catrin Sion y Nia Thomas, por ayudarme con los documentos de Meibion Glyndŵr; a Gina Tam, por compartir conmigo un ejemplar anticipado de su propio libro sobre el lenguaje; a Brendan O’Kane, por su asesoramiento sobre el chino clásico, y a Jeff Wasserstrom, por su constante estímulo y orientación. En Hawai‘i, ‘Ekela Kani‘aupio-Crozier y Kū Kahakalau fueron anfitriones y guías generosos. Sam Dalsimer me acogió en Pittsburgh y respondió a mis peticiones inacabables de contactos en Duolingo. En Hong Kong, mis amigos me apoyaron y animaron durante la investigación y redacción del libro, aunque no fuesen conscientes de ello.

Gracias también a mi familia, que se aseguró de que tuviese una educación en galés y me animó a aprender no solo ese idioma, sino cualquier otro que quisiera.

Por último, gracias a mi esposa, Ella Wong, que es mucho mejor lingüista de lo que yo podría llegar a ser jamás. Este libro es para ella.

## INTRODUCCIÓN

Una joven balbucea en clase en una lengua que no le es familiar, incapaz de expresar los pensamientos que le pasan por la mente, mientras sus profesores fruncen el ceño, frustrados.

Un hombre, un anciano muy querido, habla en una lengua que su familia ya no comprende, y cuenta historias de una gente que ya casi ha desaparecido; él es el último que los recuerda y morirán con él.

Una madre, mientras sopesa el futuro de la educación de su hija, recuerda sus días en la escuela, cómo la castigaban y la marginaban por hablar como lo hacía en casa; su hija no sufrirá la misma experiencia, hablará el idioma del futuro, del poder.

Tres hombres, secuestrados, vendidos y transportados al otro extremo del mundo, hallan consuelo en la lengua que comparten; pero al llegar, los separan a propósito por temor a que la usen contra sus nuevos amos.

Los estudiantes que protestan en el bullicioso centro de la ciudad se expresan en un idioma trufado de palabras de otro

idioma; esa lengua híbrida conforma su identidad, y su pérdida es una de las razones por las que se han echado a las calles.

Un anciano, con el ceño fruncido, escucha con incompreensión e ira creciente el zumbido de las conversaciones que lo rodean en el autobús; ¿por qué no puede esa gente hablar el idioma del país en el que están?

Un adolescente teclea en su móvil, mientras desliza los pulgares con suavidad por la pantalla; bajo el texto aparece una línea roja ondulada, el autocorrector del móvil que no reconoce el idioma que está tecleando e intenta convertir las palabras en algo distinto y ajeno.

En una trinchera triste y embarrada, bajo un frío cortante, dos jóvenes se acurrucan uno contra el otro, haciendo caso omiso de las órdenes oficiales, mientras murmuran en su lengua materna; un silbato resuena al fondo de la trinchera para ordenar un ataque, y uno de ellos comienza a entonar unas palabras recordadas de su niñez: «ein tad...».

El lenguaje nos fascina y nos frustra. El «mayor invento»<sup>1</sup> de la humanidad es, más que ninguna otra cosa, lo que nos separa del resto del reino animal, y con toda probabilidad lo que nos puso en la senda que nos llevó a dominar todo el planeta, y a moldear su entorno e incluso su geología, hasta el punto de que hoy en día vivimos en el Antropoceno: la era del hombre. Aunque hay otras especies que se comunican, algunas de formas muy complejas<sup>2</sup>, ninguna de ellas demuestra poseer nada que se asemeje a la diversidad y la adaptabilidad del lenguaje humano<sup>3</sup>, a esa capacidad de expresar conceptos abstractos o imaginarios, de discutir pasado, presente y futuro. La incertidumbre sobre su evolución y la falta de ejemplos comparables de protohabla en la naturaleza y en el registro fósil le han otorgado al lenguaje un aura de divinidad, de «regalo de dios», que parece desafiar cualquier explicación<sup>4</sup>. Y aunque se están pro-

duciendo avances en la búsqueda de una teoría de la evolución del lenguaje<sup>5</sup>, es improbable que lleguemos a conocer jamás cuál fue la primera palabra, o la primera lengua<sup>6</sup>, o si el lingüista primigenio fue el *Homo sapiens* o uno de nuestros primos más antiguos.

Por tanto, el lenguaje fascina, pero también frustra. En el transcurso de la historia humana, el idioma nos ha separado más que la raza, las creencias o la cultura. Muchas etnias son, en esencia, agrupamientos lingüísticos, y la diversidad lingüística ha conducido a la división, la confusión, la hostilidad, la guerra y el genocidio. Este hecho choca de forma tan frontal con la imagen del lenguaje como un regalo de los cielos que han surgido muchos mitos para tratar de explicar la confusión de lenguas. En la Biblia hebrea, Dios responde a la arrogancia de los humanos en Babel separando a un pueblo unido en un millar de tribus diferentes, cada una con su propia lengua distinta. En los mitos griegos, fue Hermes quien confundió las lenguas de los hombres, dificultando así la comunicación entre Zeus y sus súbditos y allanando el camino para el primer rey de los hombres<sup>7</sup>. Un antiguo mito bantú sostiene que, durante una gran hambruna, los primeros humanos se volvieron locos y se dispersaron en todas direcciones mientras balbuceaban de forma incoherente, lo que acabó por dar origen a los distintos idiomas<sup>8</sup>. Los kaska, habitantes de lo que hoy en día es el Canadá noroccidental, sostenían antaño que una gran inundación dispersó a los primeros humanos por todo el mundo; cuando volvieron a encontrarse, tras la retirada de las aguas, sus lenguas habían cambiado y ya no eran capaces de comprenderse unos a otros<sup>9</sup>. De todos los mitos, quizá sea este el que se aproxime más a la verdad; aunque la humanidad no se ha visto jamás dispersada por un gran diluvio, sabemos que las lenguas derivan y evolucionan incluso en escalas de tiempo reducidas, de modo que, poco después de que nuestros ancestros se exten-

diesen por África y fuera de ella, mientras se separaban y viajaban a todos los rincones del mundo, si alguna vez habían tenido una lengua unificada, esta se distorsionó y cambió, en un proceso que se repitió de modo incesante y que continúa hasta nuestros días<sup>10</sup>. Incluso el lenguaje en el que lees esto está sometido a cambio y no será idéntico dentro de cien años, como no lo era cien años atrás.

La deriva lingüística no solo crea nuevos idiomas, sino que también los destruye, a medida que las lenguas mueren o se mezclan unas con otras. A veces, el choque entre dos idiomas puede crear algo totalmente nuevo. Desde finales del siglo I, Gran Bretaña sufrió incursiones vikingas procedentes de Dinamarca y Escandinavia. En 1066, los normandos (ellos mismos de origen vikingo) la invadieron. Durante un tiempo, en aquellas partes del país donde coincidían las tres culturas, se hablaban codo con codo el inglés antiguo, el nórdico antiguo y el francés normando, pero poco a poco los lenguajes se fusionaron unos con otros y terminaron por formar, junto con otras influencias, algo más parecido al inglés que conocemos hoy en día, con su mezcolanza de elementos germánicos, noruegos, latinos y británicos<sup>11, 12</sup>. Aunque el inglés antiguo ya no se habla, no desapareció, sino que evolucionó hasta ser irreconocible. Somos capaces de leer *Beowulf* y otros textos del pasado no porque el inglés antiguo sea el mismo idioma que el inglés de la actualidad, que no lo es, sino porque podemos rastrear su desarrollo en el tiempo, lo que nos permite traducirlo. De hecho, muchos niños del mundo anglosajón a menudo emprenden por sí mismos este proceso de arqueología lingüística, aunque no se den cuenta, a medida que aprenden a leer a Shakespeare y a Chaucer y se adaptan a versiones cada vez menos familiares de su propio idioma.

Cuando las lenguas mueren o, más a menudo, las matan, esa cadena se rompe. No hubo ningún último hablante de in-

glés antiguo, a medida que el idioma se transformaba de modo gradual en inglés medio y luego moderno, pero sí que hubo un último hablante de kakán, una lengua sudamericana que se extinguió en algún momento del siglo xvii<sup>13</sup>. Aunque sabemos de la existencia del lenguaje kakán por los escritos de aquellos que tuvieron la oportunidad de oírlo, jamás se registró su vocabulario, y no digamos una gramática o un alfabeto, hasta el punto de que los lingüistas modernos tienen problemas para categorizarlo. Se dice que Alonso de Bárcena, un misionero jesuita, escribió una gramática de ese lenguaje y de varias otras lenguas sudamericanas hoy en día extintas, pero ese manuscrito está desaparecido y no pervive ningún ejemplo, ni ningún hablante nativo, de ese idioma<sup>14</sup>. Cientos de lenguas desaparecieron en los siglos posteriores a la invasión europea de las Américas<sup>15</sup>; muchas de ellas no tenían un sistema de escritura ni fueron registradas por ningún extranjero, lo que significa que las hemos perdido para siempre, junto con sus mitos, su poesía y la historia de sus hablantes. Incluso algunos sistemas de escritura pueden resultarnos opacos: de no ser por la piedra de Rosetta, es posible que jamás hubiésemos logrado traducir los jeroglíficos egipcios, lo que limitaría en extremo nuestro conocimiento de esa cultura.

En un día húmedo y bochornoso de julio de 2019 me dirigí a un gran edificio de ladrillos, de fachada blanca y siete pisos de altura, en la calle 18 Oeste de Nueva York. Según el mapa oficial de la ciudad, me encontraba en el distrito Flatiron, justo al norte de Union Square. Según un mapa de la ciudad creado por la Endangered Language Alliance (ELA), ante cuyas oficinas me encontraba, estaba en el eje de las zonas de habla hindi, española, gallega, marathi y tibetana de Nueva York. El mapa de la ELA cataloga todos los idiomas y dialectos que se hablan en Nueva York, desde el hibernoinglés de la

península de Rockaway hasta el mohegano, una lengua indígena, al norte del Bronx en dirección a Connecticut, o los núcleos de lenguas de la Europa del Este, China y el sudeste asiático que componen el crisol de Queens. Nueva York es el centro urbano con mayor diversidad lingüística del mundo; en su término municipal se hablan más de ochocientas lenguas. Eso ha permitido a los investigadores llevar a cabo importantes trabajos que antaño se creía que solo podían realizarse en el extranjero.

Mi visita a las oficinas de la ELA era parte de la investigación para este libro, un periplo de varios años para tratar de responder a la pregunta de por qué algunas lenguas tienen éxito mientras que otras se convierten en minoritarias o incluso desaparecen. Muchos de los idiomas que apoya la ELA están al borde de la aniquilación, pero mi interés en este tema lo despertó una lengua que, en teoría, parece muy pujante. Vivo en Hong Kong, donde la lengua dominante es el cantonés. El cantonés es la lengua nativa de más de seis millones de personas en Hong Kong, parte de una comunidad global de alrededor de 73,5 millones de hablantes, la mayoría de ellos en la China continental<sup>16</sup>. Pero, cuanto más tiempo pasaba en la ciudad, charlando con hablantes de cantonés y aprendiendo la lengua, más paralelismos descubría entre ese idioma y el de mi patria, Gales.

Crecí hablando inglés y galés, en Ynys Môn (la isla de Anglesey), en Gales del Norte. Mi generación fue la primera en recibir una escolarización basada sobre todo en el galés, tras un proyecto de recuperación de varias décadas que tuvo bastante éxito y logró crear una nueva base política y educativa para apuntalar el lenguaje tras más de un siglo de desgaste que lo había llevado al borde de la desaparición.

Otras muchas lenguas no han tenido tanta fortuna. Por mi trabajo de periodista en China y Hong Kong, he podido

ver cómo las autoridades de Pekín adoptan políticas idénticas a las que estuvieron a punto de erradicar el galés. Desde la designación del putonghua, o mandarín estándar, como la lengua oficial de la República Popular de China, se han producido avances admirables en la alfabetización y la integración en ese país inmenso y de enorme diversidad. Pero eso ha ocurrido a costa de otros muchos idiomas y dialectos, ya que los responsables políticos de Pekín han aplicado una agresiva política de monolingüismo que no les resultaría ajena a los burócratas del imperio británico. En las últimas décadas, muchas escuelas por toda China han pasado a enseñar solo en putonghua (mandarín), y a los estudiantes se los disuade activamente de hablar otros idiomas y dialectos, lo que ha creado una generación que a veces tiene dificultades para comunicarse con sus abuelos o con otros parientes que se educaron antes del ascenso del putonghua. Este imperialismo suave (y no tan suave) se enfrenta con cierta resistencia en aquellas áreas que, históricamente, han permanecido en los márgenes del control chino, como el Tíbet, Sinkiang y Hong Kong, y los esfuerzos para suprimir las lenguas locales van de la mano de una agenda supremacista de la etnia han que rechaza la promesa original de la República Popular como un país multiétnico y multicultural, y que busca unificar y homogeneizar a la población para aplastar cualquier atisbo de separatismo.

Existe la idea, muy extendida en la narrativa popular sobre los peligros a los que se enfrentan las lenguas, de que los idiomas desaparecen sin más, que se vuelven obsoletos o dejan de utilizarse. Según esta visión, las lenguas son como modas, que se pasan con el tiempo, o como la tecnología, que se ve reemplazada por otra más avanzada. Quienes se aferran a los viejos lenguajes son vistos como pintorescos y anticuados o, peor aún, luditas. Pero esa es una idea errónea, que beneficia a los poderosos a expensas de los indefensos y les dice a los

colonizadores que ellos no tienen la culpa. Los lenguajes no se pierden; se arrancan de raíz, por malicia o desidia, y sus hablantes se asimilan a una nueva lengua, o se debaten en el espacio entre la antigua que se desvanece y la nueva que les queda fuera de su alcance.

El peligro para las lenguas no ha dejado de aumentar, a medida que el ascenso de las naciones-estado y de los gobiernos poderosos y centralizados, junto con inventos como la imprenta y los medios de comunicación, han creado un puñado de superidiomas que aplastan cualquier otra lengua que se cruce en su camino. Aunque hoy en día aún existen alrededor de siete mil lenguas vivas, más de la mitad del planeta habla uno de apenas veintitrés idiomas, y la proporción aumenta cada año<sup>17</sup>. Mientras escribo esto, unas dos mil cuatrocientas lenguas, según la Unesco, son vulnerables o están amenazadas, mientras que casi seiscientas están a punto de desaparecer<sup>18</sup>.

Como afirma el dicho galés, «cenedl heb iaith, cenedl heb galon», una nación sin idioma es una nación sin corazón. Las lenguas están profundamente imbricadas con la cultura, vinculan a las personas con sus antepasados y ayudan a mantener las tradiciones, las historias orales y las formas de ver el mundo. La pérdida de diversidad lingüística no es solo una tragedia intelectual, sino una consecuencia persistente del colonialismo y del imperialismo, a medida que los grupos son asimilados a la fuerza y la diversidad que representan sus historias, culturas y lenguas es aniquilada para siempre. Y puede ser, literalmente, una cuestión de vida o muerte: investigadores australianos y canadienses han demostrado que las comunidades indígenas que conservan sus lenguas son más sanas, están más cohesionadas y tienen menores tasas de desempleo, alcoholismo y suicidio y mayores niveles de educación que aquellas que se desvinculan de su cultura tradicional y se ven forzadas a usar únicamente el inglés<sup>19, 20</sup>. La diversidad lingüística tam-

bién puede fomentar nuevas ideas y formas de pensar que nos ayuden a enfrentarnos a muchas de las injusticias derivadas del colonialismo y la industrialización. El cooperativismo de Mondragón, un intento muy exitoso de buscar una alternativa al capitalismo, tiene su origen en un movimiento de recuperación del euskera, una lengua que se habla en los Pirineos occidentales a lo largo de la frontera franco-española<sup>21</sup>. Los partidarios de la recuperación del hebreo llevaron a cabo experimentos similares en los kibutz de Palestina, mientras que otro idioma judío, ahora amenazado, el yidis, jugó un papel muy importante en el movimiento obrero de principios del siglo xx, gracias a la prensa radical y a la escena literaria<sup>22</sup>. La diversidad lingüística ofrece un gran potencial medioambiental, económico y cultural para encontrar nuevas soluciones a los problemas causados, a menudo, por las lenguas globales monolíticas. Las Naciones Unidas, al declarar 2019 como el Año Internacional de las Lenguas Indígenas, reconocieron que tales lenguas ofrecían «recursos para la buena gobernanza, la consolidación de la paz, la reconciliación y el desarrollo sostenible»<sup>23</sup>.

Este libro se basa en cientos de horas de entrevistas, investigación de archivos y reportajes sobre tres lenguas y comunidades lingüísticas distintas en Gales, Hawai'i y Hong Kong, lugares que son parte de los imperios que los consumieron pero al mismo tiempo se mantienen separados y guardan resentimiento hacia ellos; orgullosos de las grandes naciones en las que se integran pero ansiosos de independencia o autonomía. En cada uno de esos lugares, el idioma es una pieza clave que los distancia de la metrópolis. Gales fue la primera colonia del imperio inglés y más tarde británico, hasta tal punto que ya no se ve como tal y gran parte de su identidad se entremezcla con la de su potencia matriz, que ha adoptado o se ha apropiado de ciertos elementos de la identidad

galesa, como el rey Arturo, los dragones y el propio nombre de Bretaña (Prydain). En Hawai'i, lo que fue un reino independiente pasó a ser primero una colonia, luego un territorio y finalmente un estado de los Estados Unidos. Hong Kong, una antigua colonia británica, fue absorbido por la República Popular de China, que heredó y apuntaló la extensión territorial del Imperio Qing y ha llevado a cabo una política de asimilación lingüística con la que los anteriores gobernantes chinos solo habrían podido soñar.

Al estudiar esos tres lugares, diferentes pero análogos, así como dos interludios en otras partes del mundo, podemos ver cómo la lengua ha moldeado la política y la historia global mucho más de lo que suele reconocerse, con efectos de gran envergadura. Cada idioma que se trata en este libro también nos ofrece una lección sobre cómo los hablantes de lenguas minoritarias pueden aprender, y aprenden, unos de otros según tratan de ejercer la autodeterminación y de defender su modo de vida y su cultura indígena. Este proceso no está siempre libre de conflictos; el deseo de preservación puede, a menudo, convertirse en una enfermiza obsesión con el pasado o un rechazo a aceptar cualquier cosa que venga de fuera. Las historias que se cuentan en este libro son a menudo violentas y complicadas, e incluyen actos de terrorismo, asesinato, colocación de artefactos explosivos, incendio provocado, disturbios y protestas, todos ellos ejecutados con la intención de defender una lengua. Los esfuerzos de preservación o de revitalización suelen tener como respuesta gubernamental la represión, o la propaganda que acusa a los defensores del idioma de ser separatistas.

Creo que el galés, en concreto, tiene un camino despejado hacia la revitalización. El renacimiento del galés ha coincidido con movimientos políticos organizados en busca de mayor autonomía e, incluso, la independencia, y con una explosión

de cultura galesa, mediante los Eisteddfodau (festivales de música y literatura tradicionales), y la disponibilidad de televisión, películas y literatura en lengua galesa. Un niño que crezca en el Gales bilingüe actual tiene una conexión mucho más estrecha con el pasado de su país y con su cultura nativa de la que tuvieron sus padres cuarenta años atrás, pese a que la tecnología haya hecho que Gales, como todas las naciones, esté cada vez más globalizada y sometida a influencias externas. Gales ha demostrado también que el esfuerzo en favor de una lengua en peligro no tiene por qué representar una actitud atrasada y xenófoba, sino que puede aceptar e integrar a los recién llegados, como se hace actualmente con los refugiados sirios, cuyos hijos suelen aprender galés antes que inglés. El renacimiento del galés demuestra que el declive de las lenguas no es inevitable y puede revertirse. La historia reciente de este idioma ofrece una guía indispensable para llevarlo a cabo, que se ha copiado por todo el mundo. Pero la historia del galés también es un aviso a otras lenguas acerca de la necesidad de luchar contra la decadencia desde una posición de fuerza. Gales no ha perdido su idioma, pero el ejemplo que ofrece el galés es el de una respuesta desde la retaguardia, que hace necesario luchar con uñas y dientes para alejar el peligro de la desaparición. Son lecciones útiles y relevantes, dado el deplorable estado de muchas lenguas por todo el mundo, pero la cosa no puede quedarse ahí. Dentro del Imperio Británico, Gales estaba en una posición que le permitía luchar y defender su lengua contra las incursiones del inglés. Y, en vez de eso, las élites galesas ayudaron a destruir su propia cultura y estrecharon los lazos que unían al país con Inglaterra. Aún hoy en día, el bilingüismo en Gales sitúa al inglés en una posición preponderante; los nativos galeses hablan ambas lenguas, pero pocos monolingües del inglés se preocupan por aprender galés, confiados en que la ley protegerá su derecho a usar cualquiera de los dos